

## COMPROMISO Y RESPONSABILIDAD. UNA HISTORIA DEL FEMINISMO

Nieves Fernández González

CELIA AMORÓS, ANA DE MIGUEL (coords.), *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización*, 3 vols. Madrid, Minerva Eds., 2007

ROSA COBO (ed.), *Interculturalidad, feminismo y educación*, Madrid, Catarata, 2006

En los tres volúmenes que componen este texto, coordinado por Celia Amorós y Ana de Miguel, se concreta el trabajo de un grupo de investigadoras que en torno a Celia Amorós viene realizando investigaciones feministas desde 1988. Es un libro importante y necesario —de hecho ya estamos ante la segunda edición, tras la primera de 2005— porque estudia de manera exhaustiva la tradición intelectual feminista desde la Ilustración hasta el recientemente comenzado siglo XXI y porque en él se presentan las claves teóricas para comprender el análisis de la subordinación de las mujeres en la Modernidad. En efecto, en este libro se hace un minucioso análisis de las pensadoras y pensadores así como de los movimientos que lograron poner en cuestión el sistema patriarcal con el fin de socavar la supuesta «invencibilidad del patriarcado».

En el primer volumen Celia Amorós argumenta sobre el nacimiento del feminismo en el corazón del paradigma ilustrado de la igualdad y finaliza con la figura de Simone de Beauvoir. A pesar del reconocimiento indiscutible de su obra, ahora que se está conmemorando el centenario de su nacimiento y que publicaciones como *Le Nouvel Observateur*, le dedican incluso la portada, sin embargo, con el título de «Si-

mone de Beauvoir, la scandaleuse», la muestra desnuda de cuerpo entero, en lugar de darle el tratamiento de gran filósofa que fue. El segundo volumen analiza fundamentalmente el feminismo radical de los años setenta. Y en el tercero, se trata de dar cuenta del nuevo orden patriarcal que se está creando sobre aquel que se gestó en los albores de la Modernidad.

*El segundo sexo* es, tal y como lo denomina Amorós, un hito en la tradición intelectual feminista. A partir de este libro ya no fue posible seguir pensando a las mujeres del mismo modo y después de él y en su órbita, surgieron una serie interesantísima de libros, que lograron un avance significativo en la teoría y en la práctica feminista y que marcan aún hoy nuestro pensamiento. Estos libros son: la *Mística de la Femenidad* de Betty Friedan (Ediciones Júcar, Gijón 1974); *Política sexual* de Kate Millet (Cátedra, Madrid 1995); *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad* de Eva Figs (Alianza, Madrid 1972) y *La dialéctica de los sexos*, de Sulamith Firestone (Kairós, Barcelona 1976).

Betty Friedan escribió la *Mística de la Femenidad* en 1962 y recibió por esta obra el prestigioso premio Pulitzer. Es este uno de los libros clave para el feminismo y fundamenta desde un óptica psicosocial, junto con *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, el feminismo de los años setenta. En el mismo pone de relieve los aspectos alienantes de la vida de las mujeres norteamericanas, atrapadas en lo que ella acuñará la mística de la feminidad. Escribe este libro porque, como ella misma subraya: *llegué a darme cuenta de que existe algo equívoca-*

*do en la manera en que las mujeres norteamericanas intentan vivir hoy día sus vidas.*

La autora norteamericana intenta descubrir cuál es el origen del *mal que no tiene nombre*. La situación que plantea es la siguiente: después de la segunda guerra mundial, las mujeres americanas han vuelto al hogar, viven en casas unifamiliares en barrios acomodados, tienen todos los electrodomésticos que puedan desear, están en apariencia sanas, tienen tres o cuatro hijos igualmente sanos, disponen de coche para transportar a sus hijos al colegio y luego al centro comercial, van a la compra con sus amigas y leen revistas femeninas en las que se les explica qué deben hacer para estar más atractivas para sus maridos. Son, en definitiva, mujeres que se dedican en cuerpo y alma al cuidado de sus familias. Pero son profundamente desgraciadas. Están atrapadas en lo que Friedan llama la mística de la feminidad. Sin interés por nada, sin fines propios, acaban por acudir al psiquiatra, que tampoco consigue ayudarlas y sólo ven la salida en medicarse con tranquilizantes.

Friedan analiza las revistas femeninas para las que ella misma trabaja y el modelo que éstas proponen. La división entre mujeres ya no es la que se establece entre mujeres buenas y mujeres desviadas sino entre mujeres como deben ser y mujeres instruidas. Las revistas femeninas, ejercen un control riguroso acerca de lo que debe ser o no una mujer y en qué debe interesarse. El resultado es la crisis de la personalidad de las mujeres. *Las mujeres son seres humanos, no son muñecas de trapo, no son animales.* (*Op. cit.* p. 101) dice en un arranque de rabia. Y concluye que las mujeres necesitan un modelo de personalidad adulta, en la que la búsqueda de un hombre o el cuidado de los demás, no sea lo único importante.

La educación, a la que Friedan dedica un capítulo entero, se basa en esta mística. Los psicólogos y pedagogos están encantados con las teorías de la complementariedad de

los roles de la teoría funcionalista de Parsons. Incluso las niñas tienen asignaturas especiales para ellas solas en las que el hogar es lo importante. En esta situación, las chicas abandonan sus estudios y ayudan a sus novios a finalizar los suyos a pesar de que algunas profesoras intentan evitar este tipo de educación segregada y aseguran que las chicas pueden alcanzar un desarrollo intelectual elevado y llegar a doctorarse. Pero al sistema no le interesaba la promoción intelectual de las mujeres. Ellas habían tenido que hacerse cargo de los trabajos que los varones no podían hacer porque estaban en la guerra pero al acabar la contienda, se vuelve a confinar a las mujeres en sus casas. Se les explicó que su papel era fundamental para lograr una gran América, que debían cuidar a sus maridos e hijos al tiempo que se las animaba a tener una prole numerosa. Ahí comienza también problema de millones de mujeres: baja autoestima, conductas sexuales desviadas, problemas psicológicos, tendencias suicidas, excesiva blandura en las chicas...

Friedan es tajante con respecto a la solución de este estado de cosas: *la instrucción*. En 1969, seis años más tarde que el libro de Betty Friedan, aparece *Política sexual* de Kate Millett. Este libro influyó poderosamente en el movimiento feminista y Millett será considerada una de las teóricas más influyentes en el feminismo del siglo XX. Heredera intelectual de *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir, parte del supuesto de que el patriarcado es el sistema básico de dominación sobre el que se edificarán los demás sistemas de dominio. Además, afirmará que el patriarcado es una política sexual que consiste en el dominio de los varones sobre las mujeres. A Kate Millett se debe la frase de *lo personal es político* que poco después se convertirá en el lema del feminismo de los setenta.

Millett comienza poniendo al descubierto lo que se esconde tras los relatos sobre la

sexualidad. Los grandes autores de literatura erótica como D.H. Lawrence, Henry Miller, Norman Mailer y Jean Genet, son sometidos a su crítica y descubre lo que a partir de entonces resulta evidente: la misoginia está en la literatura y facilita activamente que las mujeres sufran menosprecio en la sociedad. Estos autores dibujan a las mujeres como seres perversos, sexualmente insatisfechas e insaciables, sin cerebro, masoquistas y sádicas, y a la vez resaltan sus propias altas virtudes, las de los varones. Sin embargo, el sexismo y la misoginia no son tenidos en cuenta a la hora de calificar un texto como *obra maestra* en su género, algo impensable si los contenidos fueran racistas o totalitarios. Millet no se queda tan solo en el ámbito literario, sino que hace un excelente recorrido por el pensamiento, poniendo de manifiesto la revolución sexual, sus defensores y sus detractores. En este sentido, es también de destacar el sentido histórico que muestra al estudiar al movimiento feminista. La solución para los problemas de las mujeres, según Millet, pasa por el fin del patriarcado. Mientras éste perdure, la emancipación de las mujeres será imposible.

Eva Figes con su libro *Actitudes patriarcales: las mujeres en la sociedad*, de 1970 también contribuyó decisivamente a la formación del pensamiento feminista. Su punto de partida es que la imagen de las mujeres ha sido creada por los varones y resulta lesiva para los intereses de las mujeres. Sólo se puede ser o no ser, pues de no seguir la norma se pagarán las consecuencias: *Y esta es una de las razones por las cuales la imagen masculina de la mujer suele aparecer escindida en dos, en negro y blanco, Virgen María y Mujer Escarlata, ángel misericordioso y prostituta, compañera amable e intolerable marisabidilla.* (op. cit., p. 16) Pese a que se habla mucho de la guerra de los sexos, en realidad lo que podemos constatar es la guerra de los varones contra las

mujeres. Los varones, que acusan a las mujeres de mantenerse en guerra porque no se someten, han creado incluso un Dios a su propia imagen. La religión, cualquier religión, coloca a las mujeres en un lugar subordinado y la prueba son los modelos de mujer como Lilith y Eva. La misoginia es un dato fundacional de las religiones. Un manual como el *Malleus maleficarum* es un ejercicio de misoginia, que no ha sido censurado en ningún momento por las jerarquías eclesiásticas. De otro lado, Eva Figes al igual que Friedan, analiza la educación y la sociedad americana, llegando a las mismas conclusiones que ella.

Hay que subrayar que en el análisis que hace de la obra de Rousseau, Figes saca la conclusión de que la obra de este pensador supuso un engaño para aquellas mujeres revolucionarias, que jugaron un papel decisivo en la Revolución Francesa, pues se utilizó su potencial revolucionario, sus ideas y sus acciones para conseguir un nuevo régimen basado en la igualdad. La filosofía política de Rousseau se apoyaba en la idea de que todos eran ciudadanos independientemente del nacimiento, excepto las mujeres, a las que se les impide el acceso a la ciudadanía por su sexo. Sin embargo, no es Rousseau el único autor que analiza. También hace un repaso a Darwin, el naturalista, que como Rousseau considera que las mujeres son naturaleza frente a la cultura que él mismo representaría. También hace un apunte sobre los autores Schopenhauer, Fichte, Weininger, Reich.

Capítulo especial dedica a Freud. La suya le parece una teoría peligrosa para las mujeres, pues tiene la capacidad de contar relatos que son admitidos como verdades científicas. Para Freud el sexo femenino es un sexo defectivo ya que no sólo no tiene pene, sino que el clítoris sería un pene defectuoso. Todo ello nos pone ante la realidad de que las mujeres son inferiores. Pronto la niña quiere ser varón y al no conseguirlo desa-

rolla el llamado complejo de castración. La niña desde que comprende que no tiene un pene debe asumir su condición y buscar el tan ansiado órgano por medio de un varón y ya, definitivamente, mediante un hijo varón, que es quien se lo proporcionará simbólicamente. Las mujeres no siempre son razonables, pues si bien muchas de ellas asumen sin más su naturaleza, que según Freud, es pasiva, narcisista y masoquista, así otras muchas intentan estudiar, promocionarse y no basar su vida en agradar a cualquier varón que se cruce con ellas por la calle. Esas mujeres están enfermas. La feminidad consiste en la subordinación consentida por parte de las mujeres. El psicoanálisis propende a hacer un lavado de cerebro a las mujeres: una mujer normal es como ya he dicho, narcisista y masoquista y el terapeuta intentará llevarla por este camino cuando alguna incauta insatisfecha vaya a su consulta intentando encontrar alivio a su malestar.

Para Figes la estructura patriarcal de la sociedad es la que produce realidades sociales que interiorizan y subordinan a las mujeres. El patriarcado aspira a su reproducción y por eso casi todos los pensadores y científicos a la hora de enjuiciar a las mujeres hacen valer las opiniones más misóginas. Se educa a las mujeres y se les presenta una realidad en la que deben optar por ser ciudadanas de pleno derecho o reproductoras biológicas y cuidadoras de la vida familiar. Pero la opción es más bien ilusoria porque todo empuja a que las mujeres ocupen su lugar natural, el aristotélico, el subordinado. Deben sacrificar su felicidad propia, soportando el dominio de los esposos maridos, en nombre del bienestar de sus hijos. Sobre la mujer recae la responsabilidad de que el matrimonio funcione y se hace especial hincapié en la necesidad del padre. *Y el motivo que yace tras esta argumentación, dice, es la terrible sospecha de que el padre, si deja de ser el único sostén, pueda resultar com-*

*pletamente innecesario. Que, de hecho, empieza a ser superfluo (Op. cit. p. 184).* La educación superior para las mujeres y el uso de los conocimientos adquiridos es la solución que nos ofrece Figes, quien considera que es un despilfarro que las sociedades no pueden permitirse, el que las mujeres no tengan carreras superiores y se dediquen a tareas domésticas.

*Necesitamos una revolución sexual mucho más amplia que la socialista, y, por supuesto, que la incluya, para erradicar todos los sistemas clasistas.* Esto afirma Sulamith Firestone, feminista radical canadiense, cofundadora en 1967 del movimiento *Radical Woman*, y autora de otro de los libros más influyentes de los setenta, *La dialéctica del sexo*, publicado en 1971 y de donde está extraída la cita. Se declara explícitamente seguidora de Simone de Beauvoir y su punto de partida es el freudo-marxismo. Aunque reconoce que los divulgadores de las teorías freudianas hacen mucho daño a las mujeres, absuelve en cierto modo a Freud, y aún cuando le hace severas críticas, cree que sus equivocaciones no son mal intencionadas. En su texto, se refiere a la interioridad femenina y masculina y lo que las conforma. Está convencida de que las mujeres son el proletariado del proletariado y cree que nuestra biología nos ha llevado a la situación de subordinación en la que nos encontramos. Así, no tiene inconveniente en decir que si el problema para las mujeres son los hijos, lo mejor que se puede hacer es dejar de tenerlos, por lo menos dentro de la familia tradicional, que despoja de todo, incluso de los propios hijos. Saluda los avances científicos y tecnológicos con verdadera alegría ya que cree que los métodos anticonceptivos son el paso necesario para la liberación. El problema, pues, no es económico sino que es biológico.

Las mujeres están obligadas a agradar al varón para conseguir su papel en el conjunto social, mientras que los varones se reser-

van la modalidad tecnológica. Se consigue que las mujeres asuman esta modalidad estética voluntariamente por medio de la estructura cultural que llamamos Romanticismo, que lleva a las mujeres a una progresiva despersonalización.

Firestone termina el libro dando toda una serie de alternativas revolucionarias para conseguir la emancipación de las mujeres: control de natalidad por medios científicos, amor libre, vida colectiva, contratos de matrimonio limitados... y un montón de ideas que no constituyen una estrategia política, pero que ponen al descubierto la fuente de opresión de las mujeres.

Sorprende la actualidad de los análisis de estas teóricas de los setenta. En realidad, el mérito que tienen y tuvieron es mayor si tenemos en cuenta las teorizaciones validadas en el siglo anterior por los intelectuales varones y las que se estaban gestando en ese momento.

### La educación del futuro

En el libro coordinado por Rosa Cobo se aborda el siempre presente y no resuelto tema de la educación, que ya desde el pensamiento griego tiene importancia central para el logro de una sociedad democrática y justa. En este siglo XXI, en el que la violencia contra las mujeres está alcanzando límites insólitos, la sociedad está reaccionando y viendo la necesidad de tomar medidas para evitar las muertes de mujeres a manos de sus «compañeros sentimentales». La coeducación se nos presenta como un pilar fundamental en la consecución del objetivo de la igualdad real entre los sexos y, por tanto, como paso fundamental para evitar la subordinación de la mujeres.

Es sabido que las medidas educativas por sí solas no resuelven los problemas, pero también que las medidas normativas son menos eficaces si no van acompañadas de intervenciones educativas, por eso se ha visto la necesidad de educar en coeduca-

ción no solo al alumnado, sino también al cuerpo docente, con el fin de conseguir su sensibilización y poder interrumpir los mandatos patriarcales de género.

Durante la II República se decretó la coeducación en España. Sin embargo, después de la Guerra Civil, el Ministerio de Educación Nacional la suprime (BOE del 6 de mayo de 1939) siguiendo las directrices del Papa Pío XI en su encíclica *Divini Illius Magistri*, que en el apartado 42 titulado Coeducación dice: «Igualmente erróneo y pernicioso a la educación cristiana es el método llamado de la coeducación, fundado también, según muchos, en el naturalismo negador del pecado original, y, además, según todos los sostenedores de este método, en una deplorable confusión de ideas que trueca la legítima convivencia humana en una promiscuidad e igualdad niveladora». A partir de 1970, con la Ley General de Educación, se legaliza de nuevo la Coeducación. Chicas y chicos van juntos a las mismas aulas y estudian las mismas asignaturas, sin embargo no reciben la misma educación. El proceso de coeducación es, en realidad lento y, aunque aún nos queda mucho camino por recorrer, ha llevado mucho tiempo y esfuerzo llegar al momento actual.

En los ochenta comienzan a percibirse los problemas y consecuentemente, comienzan a publicarse libros donde se analizan aspectos como los contenidos sexistas de los textos, las actitudes del profesorado, la representación casi exclusivamente masculina en los órganos de dirección de los centros educativos, el lenguaje empleado en las aulas, la interacción diferente del profesorado con las alumnas y los alumnos, el uso de los espacios diferenciado por sexo o el currículo oculto. Y aunque también se publican libros de orientación no sexista, aún ahora, después de tantos años, la mayoría de los datos que se manejaban en los ochenta y noventa siguen teniendo vigencia. Por eso la actual Ley Orgánica de Educación

(LOE) establece mecanismos que obligan a tomar medidas para evitar el sexismo.

Como nos recuerda Alicia Miyares, el fin de la educación es la formación de las y los ciudadanos, de ahí la preocupación generalizada por la educación de los distintos estados. Y de las distintas maneras de pensar. La educación de las mujeres es un tópico antiguo en el que se toman posiciones, en contra y a favor, aunque en la actualidad y en el mundo desarrollado, la educación se percibe como la base para la ciudadanía plena. Superadas las reticencias con respecto a la coeducación, el problema que se plantea actualmente es que en las sociedades multiculturales, el conjunto de creencias y prácticas de los distintos grupos sociales que conviven en un territorio no tiene los mismos fundamentos intelectuales. Las exigencias de los varones, sobre todo los jóvenes, se van acentuando en los países de acogida, porque para estos jóvenes las mujeres son las piezas fundamentales para la cohesión, para la identidad de grupo, y como consecuencia extreman las medidas coercitivas contra ellas. Pero no solo surgen los conflictos por la inmigración, sino también por los nacionalismos o la religión.

La multiculturalidad, la interculturalidad y el multiculturalismo son objeto de investigación por parte de Rosa Cobo, quien nos

explica los puntos débiles de las teorías interculturales y del multiculturalismo. En el momento actual el debate entre los feminismos, blanco o de color, no debe hacernos perder el objetivo del pensamiento feminista: «La diversidad cultural y las ideas multiculturalistas son aceptables sólo si amplían la libertad y la igualdad de los individuos. Por ello hay que discriminar entre las prácticas y valores culturales que están al servicio de sistemas de dominación y aquellos que no vulneran los derechos individuales. [...] la argumentación anterior desemboca en la urgente necesidad de construir colectivamente criterios éticos universales que resten legitimidad a todos los valores y las prácticas basados en la dominación y la discriminación. Los derechos humanos son, sin duda, el punto de partida» (p. 30)

En la escuela es cada vez más evidente la presencia de personas de otras culturas y religiones, y tenemos que poder dar respuesta a las exigencias que plantean. En nombre de la tradición, la escuela no puede permitir que las niñas sean obligadas a seguir la «ley del padre» cuando ésta atenta contra los principios consagrados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, declaración sobre la que el feminismo fundamenta su aportación al debate.